

Pensando en el monasterio.

Cuando hace cincuenta años fue fundado el monasterio de la Santísima Trinidad de Las Condes, llegó hasta nuestra ciudad la rica tradición monástica de la orden benedictina, orientada por muchos siglos a la búsqueda de Dios en una vida recogida, primordialmente consagrada a la oración, al estudio y al trabajo, en un ambiente familiar de comunidad, abierta a la hospitalidad para quienes acuden al monasterio en busca de silencio y oración.

La oración litúrgica, así como el trabajo y la formación bíblica y patrística de los monjes, se hallan asentadas en una vida estable en el monasterio, ordenada a consolidar la relación fraterna entre los monjes. En esa forma se mantiene la fidelidad al carisma del fundador.

\*\*\*

La orden benedictina tiene ya casi quince siglos de vida. San Benito, nacido en el año 480, se inspiró en el movimiento monástico, originado principalmente en Egipto, y formado por cristianos que no podían aceptar la contaminación pagana de la Iglesia, y que buscaban caminos de perfecta fidelidad a Jesucristo. Al comienzo, se trataba de verdaderos solitarios, eremitas, pero luego fueron apareciendo nuevas formas de vida comunitaria, gobernadas según diversas reglas, de acuerdo a la inspiración de sus respectivos fundadores.<sup>1</sup>

\* \* \*

---

Cuando, por encargo del R.P. Abad de Las Condes, un amigo me pidió estas líneas, pensé que ellas eran la ocasión para decir algo sobre lo que significa un monasterio benedictino para los laicos que reciben la gracia de llegar a conocerlo.

San Benito quiso "...instituir una escuela del servicio del Señor..." 2

Una escuela sirve primero a los que están incorporados a ella, pero, cuando es auténtica, irradia una enseñanza que llega lejos de sus confines materiales, y que les permite a muchos hombres y mujeres, enriquecerse en alguna medida en el sentido que la inspira.

Eso es lo que ha ocurrido a través de los siglos con los monasterios benedictinos, que le han dado una especial presencia en el mundo, a esa enseñanza del servicio del Señor. Lo han hecho con la misma suavidad con que San Benito quería caracterizar a la escuela que fundaba: "...en cuya institución esperamos no establecer nada que sea áspero ni duro...", como una especie de recuerdo de Jesús que llamaba a descansar en Él a los que estaban fatigados, y les aseguraba alivio "...porque mi yugo es suave, y mi carga ligera..." ( Mt. 11,30)

\* \* \*

Un monasterio es un lugar de acogida. "Todos los huéspedes que llegan sean recibidos como Cristo..." El monasterio ve en el huésped a Cristo, a quien está siempre esperando. Por eso lo acoge, y con ese solo acto reconoce en el transeúnte, algo que tal vez este mismo ni siquiera recuerda, luego de haber andado caminos sin destino. Por vagabundo y extraviado que sea el que llega, la acogida descubre en él la presencia de Cristo y le devuelve su verdadera, y a veces olvidada dignidad, que es la que corresponde a los hijos, a los que tienen una casa paterna, donde los están esperando. La acogida reconoce la dignidad de los hombres.

\* \* \*

---

Quien llega al monasterio, llega a un sitio de silencio . No sólo a la ausencia de ruido, sino a una invitación a un silencio interior. Porque el bullicio de las calles, su inquietud , no nos son exteriores, sino que los llevamos adentro , y lo destructivo que tiene el vivir abierto al exterior y a su estrépito material y moral, es que él pasa a habitar en nuestra propia intimidad, y nos acompaña dondequiera que estemos. El silencio exterior del monasterio, no es un simple descanso, ni una especie de limpieza mental, sino una invitación a escuchar. Así empieza la Regla de San Benito: "Escucha, hijo, los preceptos del Maestro, e inclina el oído de tu corazón..." El monasterio repone el silencio del desierto o de la montaña, y envuelve en él, para que el hombre llegue a escuchar.

\* \* \*

El lugar del monasterio está ligado a una comunidad , en la cual se hace voto de estabilidad. La Regla habla de "...el recinto del monasterio y la estabilidad en la comunidad..."

Milton delineó una turbulenta aspiración del hombre, al hacer decir a Satanás: " ¿Qué importa dónde, si yo soy siempre el mismo? " Pero el ojo del espíritu descubre que no todos los lugares son iguales para todos los hombres. Cada cual tiene el suyo , que es como su propio taller, su propio campo, al cual fue llamado por su nombre. El monasterio recuerda esa condición humana, y la destaca. Hay un lugar propio, físico o moral, que le corresponde a cada uno, y cuya expresión ejemplar es "el recinto del monasterio y la estabilidad en la comunidad", que son como "...el taller donde debemos trabajar diligentemente todas estas cosas...", o sea, "...los instrumentos de las buenas obras", que empiezan por "...amar al Señor Dios de todo corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas, y después al prójimo como a sí mismo...."

\*\*\*

Hay muchas formas de tiempo. Hay un simple transcurrir, hay un aguardar ansiosamente, hay un tiempo que se ahorra hasta la avaricia, hay un "pequeño tiempo que se escurre"., como decía Rilke. Pero en último término, lo único que

podemos dar gratuitamente, porque nadie nos lo puede devolver, es nuestro tiempo. Y el tiempo regalado, adquiere un valor, un peso propio, como lo tienen los cambios naturales, la mañana, el mediodía o el crepúsculo. Así son los tiempos marcados en la vida del monasterio, dados irrevocablemente a Dios. Cada hora, es como un espacio distinto y abierto, como una ventana diferente hacia Su eternidad. Y el lento ritmo de las horas monásticas, invita al que viene de fuera, a recuperar el sentido del tiempo en su vida.

\* \* \*

Lugar y tiempo nos están dados, a los de afuera del monasterio, tal como a los de adentro, para correr un trabajoso camino, "...para que vuelvas por el trabajo de la obediencia a Aquel de quien te habías alejado por la desidia de la desobediencia..." La Regla urge: "...ya es hora de levantarnos del sueño..."; "...corred, mientras tenéis la luz de la vida..."; "...sigamos su camino...corriendo con actos buenos...."; "...para militar bajo la santa obediencia..."; "...debemos correr..."; "...córrese el camino de los mandamientos de Dios..." Se trabaja con "los instrumentos de las buenas obras"; se erige en el alma la escala de Jacob para subir las gradas trabajosas de la humildad, que empiezan en el temor de Dios, y terminan cuando hasta la misma actitud corporal está penetrada por él. "...el Señor espera que respondamos diariamente con obras a sus santos avisos..."; "...¿qué libro de los Santos Padres Católicos no nos llama para que en recta carrera lleguemos a nuestro Creador?..."; "...quienquiera pues, que te apresuras hacia la Patria celestial..."; "...corred mientras tenéis la luz de la vida..."

Prisa, urgencia, carrera, trabajo, son la respuesta del que dijo: "...Yo...", a la pregunta: "...¿Quién es el hombre que quiere la vida y desea ver días buenos?..."

Entre todas las cosas buenas, útiles y atrayentes, "...pocas cosas son necesarias, o más bien, una sola..." ( Luc.10, 41). El monje, y tras él todos los hombres y mujeres, están llamados a ser como el profeta, "... varón de deseos..." ( Dan. 9, 23 ), lo que significa desear esa cosa necesaria, sin tregua y sin distracción. Al que vive así, se le podrá aplicar la palabra del Señor: "...Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios..." (Mt.5,8 )

\* \* \*

Al llamar la Regla a correr con actos buenos y a militar bajo las banderas de la santa obediencia, está diciendo algo que va contra la sensibilidad del siglo. Es la imitación de Cristo, del que "...aprendió por sus padecimientos, la obediencia, y por ser consumado, vino a ser para todos los que le obedecen causa de salud eterna..." (Heb. 5, 8,9). Esto nos pone lejos del espíritu que mira en la desobediencia una forma de libertad y de realización personal. Aquí en cambio, la desobediencia es desidia. Para otros, la obediencia parecerá renuncia a la propia responsabilidad. Para la Regla, es "...el trabajo para volver a Aquel de quien te habías alejado...". La clave puede estar en el pasaje de la carta a los Hebreos. Hay una obediencia que aprender, que consiste en entrar en la intención de Dios sobre el mundo, y preferirla. No puede haber forma más exaltada de realización personal que esta, que es participar en la vida de Dios, pero para alcanzarla es menester arrancarse a la tiranía de sí mismo, para que Dios pueda actuar.

\* \* \*

"Nada, pues, se anteponga a la obra de Dios" La obra de Dios es lo que Dios hace, lo que quiere hacer usando instrumentos humanos. Es puro regalo. En el texto de la Regla, esa obra es la alabanza y la acción de gracias que le dirige a Dios la comunidad. La Eucaristía, el Oficio Divino, no son cosa de hombres, por comprometidos que ellos sean. Son lo que hace Dios por medio de los hombres, y es por eso que traen una presencia especial de El. "...Creemos que Dios está presente en todas partes, y que los ojos del Señor vigilan en todo lugar a los buenos y a los malos, pero lo creemos principalmente, sin duda alguna, cuando asistimos a la Obra de Dios..." El ofrecimiento de Cristo al Padre Eterno, por medio del Espíritu Santo, esa es la presencia de Dios con nosotros, es el sentido de la Creación entera, y es la realidad de la Liturgia. En testimonio de esta realidad, antes que cósmica, divina, el rito se cubre de esplendor. Así anuncia que el centro de la vida del cristiano es la misa, que toda vida cristiana auténtica halla su sentido en la misa. Dice entonces la Regla, "...consideremos pues, cómo conviene estar en la presencia de la Divinidad y de sus ángeles....". Esa presencia de Dios, es lo que en la Escritura se llama Su gloria.

La primera vez que asistí a misa en el monasterio de Las Condes, fue para la Epifanía, y escuché una homilía sobre la gloria de Dios. Fue la proclamación de esa realidad, no la magnificencia del rito, ni la belleza de la música, ni ninguna forma de contacto personal, lo que me atrajo a esa comunidad.

\* \* \*

Escuchar, permanecer, trabajar, obedecer, alabar, son actitudes a las que insta la existencia misma del monasterio. Difíciles sin duda adentro, difíciles también afuera de él. Frente a ellas se prueba una y otra vez nuestra fragilidad. Tal vez por eso mismo, es que San Benito, que conocía a los hombres, dejó como el último de los "...instrumentos de buenas obras...", "...no desesperar nunca de la misericordia de Dios..."

Juan de Dios Vial Correa